

PEDRO LASTRA

SELECCIÓN Y PRÓLOGO
DE MARCELO PELLEGRINI

LAS
LECCIONES
DE LA
POESÍA



DIECISIETE CONVERSACIONES ESCRITAS

Catalonia

PEDRO LASTRA

**SELECCIÓN Y PRÓLOGO
DE MARCELO PELLEGRINI**

**LAS
LECCIONES
DE LA
POESÍA**

DIECISIETE CONVERSACIONES ESCRITAS

Catalonia

LASTRA, PEDRO

Las lecciones de la poesía / Pedro Lastra

Santiago de Chile: Catalonia, 2021

ISBN digital: 978-956-324-929-3

Historia social y cultural

NHTB

Diseño de portada: Amalia Ruíz

Diseño y diagramación eBook: [Sebastián Valdebenito M.](#)

Dirección editorial: Arturo Infante Reñasco

Editorial Catalonia apoya la protección del derecho de autor y el copyright, ya que estimulan la creación y la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, y son una manifestación de la libertad de expresión. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar el derecho de autor y copyright, al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo ayuda a los autores y permite que se continúen publicando los libros de su interés. Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo o en parte, ni registrada o transmitida por sistema alguno de recuperación de información. Si necesita hacerlo, tome contacto con Editorial Catalonia o con SADEL (Sociedad de Derechos de las Letras de Chile, <http://www.sadel.cl>).

Primera edición: diciembre, 2021

Registro de propiedad intelectual: 249.177

ISBN digital: 978-956-324-929-3

© Pedro Lastra, 2021

© Editorial Catalonia Ltda., 2022

Santa Isabel 1235, Providencia

Santiago de Chile

www.catalonia.cl - [@catalonialibros](https://twitter.com/catalonialibros)

Índice de contenido

[Portada](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[La conversación escrita](#)

[Las luengas peregrinaciones, ¿hacen a los hombres discretos?](#)

[Algunas respuestas de Pedro Lastra](#)

[Pedro Lastra, el escribitor](#)

[Pedro Lastra y la pasión americanista](#)

[Las lecciones de la poesía y la amistad](#)

[Del espejo a la multiplicación de las voces](#)

[Pedro Lastra: el poeta chileno que regresa de Estados Unidos](#)

[En diálogo con Pedro Lastra](#)

[Pedro Lastra: la restricción de la palabra](#)

[Enrique Lihn, el poeta sin pergaminos](#)

[Carlos Germán Belli, un poeta fundamental de nuestra lengua](#)

[Cuestionario sobre Fernando Pessoa](#)

[Lector de todas las horas](#)

[Grecia revisitada](#)

[Al fin del libro, o las buenas trampas de la memoria](#)

[Lastra en el verso \(in\)exacto](#)

[Pedro Lastra y su amistosa invitación a la lectura](#)

[Notas](#)

*A la querida memoria de
Patricia Isabel Lastra Muñoz
(1957-2021)*

Nota a esta edición

En el año 2014, la Editorial Pfeiffer publicó una primera edición de este libro con el título de *Nostalgia del silencio. Diálogos con Pedro Lastra*. Esa edición contenía quince entrevistas a este poeta y ensayista chileno, uno de los más señeros de la generación del 50 en su país y cuya figuración e importancia se han extendido por los ámbitos literarios más diversos de América Latina, así como por los recintos académicos más prestigiosos del hispanismo norteamericano, en donde trabajó por más de treinta años. Ahora, la Editorial Catalonia ha tomado la decisión de darle una nueva vida a ese libro, ampliándolo con dos entrevistas más y otorgándole un nuevo título: *Las lecciones de la poesía*. Esperamos que esta nueva entrega y ese nuevo título sean tan invitadores para el público como lo fue la primera. La conversación y el diálogo continúan, y por ello se hace necesario difundir sus renovadas lecciones cada cierto tiempo para provecho de las nuevas generaciones de lectores.

MARCELO PELLEGRINI

La conversación escrita

Se reúnen en este libro diecisiete entrevistas al poeta Pedro Lastra, sostenidas con diversos interlocutores a lo largo y ancho del tiempo y la geografía. A pesar de ser considerado un conversador privilegiado en las artes de la buena memoria, las entrevistas con Lastra no se habían reunido hasta ahora en forma de libro. Así, con esta compilación intentamos remediar, aunque sea en parte, esa falta, para goce de los lectores y provecho de los especialistas, que encontrarán aquí las reflexiones de nuestro autor sobre los temas que siempre lo han desvelado y que, al ser objeto de sus reflexiones, nos han iluminado: la poesía, la amistad, los viajes, el oficio poético frente al ejercicio académico, los autores de su predilección (destacan en este libro Enrique Lihn, Carlos Germán Belli y Fernando Pessoa), la posibilidad del decir frente al silencio y la apasionada acumulación del saber, que en Lastra llega a transformarse en fructífera “erudición compartida”, como dijo de él el escritor peruano Tomás Escajadillo. Un libro para celebrar, entonces, y para compartir con la comunidad de lectores que ve en nuestro autor un emblema del buen decir y de las buenas costumbres literarias.

A pesar de que algunas de estas conversaciones y entrevistas aparecieron originalmente en diarios y otros medios periodísticos, conviene aclarar desde ya que difieren de la mayoría de las que encontramos en ese tipo de publicaciones. La diferencia más importante radica en un hecho crucial: Pedro Lastra ha ido, al mismo tiempo, *conversando* y *escribiendo* estos diálogos. Su forma final no es producto de la transcripción de lo que quedó

grabado en una cinta magnetofónica o de la elaboración de las notas tomadas por el entrevistador. Lastra solicitó a sus interlocutores una primera versión del documento en papel, y luego se dedicó a reelaborar por escrito sus respuestas para darles forma definitiva. De ese modo, estas conversaciones oscilan entre lo oral y lo escrito, entre lo dicho al calor de una conversación y lo meditado en la mesa de trabajo. Así, estamos nada menos que ante una particular forma del ensayo lastriano. Al origen erudito de los ensayos de nuestro autor contenidos en libros tan señeros como *Relecturas hispanoamericanas* (1987), *Leído y anotado* (2000), *Sala de lectura* (2012) y *Una vida entre libros: letras de América* (2016) se le opone un origen memorioso estimulado por la conversación. La fuente de ambos tipos de ensayo, sin embargo, sigue siendo la misma: la convicción de que la literatura tiene el poder de transfigurar tanto el tema sobre el que trata como el lenguaje que utiliza. Tan importante ha sido esto en la elaboración de *Las lecciones de la poesía*, que se llegó a constituir en el criterio más importante para su inclusión; nuestro autor ha dado en innumerables ocasiones entrevistas para medios periodísticos cuyas versiones finales no han pasado por su escrutinio, siendo esa la razón, precisamente, para no considerarlas aquí.

Por supuesto que este tipo de traspasos de la palabra hablada a la escrita tiene destacados antecedentes. Pensemos en dos de los más ilustres: *La vida de Samuel Johnson*, de Boswell (1791) y *Conversaciones con Goethe*, de Eckermann (los dos primeros volúmenes publicados en 1836 y el tercero en 1848). Sin embargo, esos libros son las transcripciones de los diálogos que sus autores sostuvieron con sus maestros, hechas al finalizar un día de laboriosos intercambios. Lo mismo sucedió con un libro mucho más cercano para nosotros en el tiempo: *Borges*, de Adolfo Bioy Casares, en donde el autor de *La invención de*

Morel transcribió los diálogos con su maestro y amigo también al finalizar el día y de un modo que sacaba provecho de los recursos del estilo indirecto libre. Para encontrar un verdadero antecedente del libro que el lector tiene ahora en sus manos, no tenemos más remedio que pensar en otro cuya autoría es del mismo Pedro Lastra: las *Conversaciones con Enrique Lihn*, publicado originalmente en 1980 y con reediciones ampliadas en 1990, 2009, 2014 y 2021. Fue en aquel libro que Lastra dio por primera vez con ese verdadero género literario que es la conversación escrita, creando, de paso, una imagen de Lihn que perdura entre nosotros y que ha sido formativa para muchos: la del poeta de los desplazamientos que, bajo el alero de lo que él llamo “poesía situada”, va posicionándose como autor de una obra proteica en el centro dinámico de un lenguaje que acumula los “residuos de la memoria”, como el mismo Lihn señaló, no con el afán de construir un yo unívoco sino múltiple, gozosamente perdido en los paisajes urbanos que ejercen sobre él una fascinación casi infinita. Lastra y Lihn, reunidos en numerosas ocasiones y lugares, fueron conversando/escribiendo esos diálogos, creando para sí mismos y para nosotros un antecedente literario que todavía debemos aquilatar. Propongo, entonces, que veamos las conversaciones aquí reunidas como una extensión de ese género practicado con eficacia por Lastra al conversar con Lihn. Las mismas reflexiones que encontramos en los ensayos de nuestro autor las vemos acá, las mismas exploraciones de los temas que lo obsesionan y que dan origen a sus poemas, pero con una diferencia: que en las conversaciones los argumentos obedecen a un riguroso intercambio de opiniones, y no, como en los ensayos, a la persuasión, que en Lastra es también, por supuesto, en extremo rigurosa.

Si, como dijo el poeta portugués Alberto Lacerda en un texto dedicado a Jorge Guillén, “conversar es divino”, en Pedro

Lastra esa divinidad humana de la conversación ha encontrado una de sus expresiones más altas en nuestras letras. Celebremos entonces estos diálogos, que han inventado para nosotros un género literario casi inimitable del que todavía tenemos mucho que aprender.

Marcelo Pellegrini*

Las luengas peregrinaciones, ¿hacen a los hombres discretos?

Enrique Lihn

—Llega el momento en que, después de una semioculta estadía en este país, pareces estar con el pie en el estribo, listo para retomar tu trabajo en la Universidad de New York, en Stony Brook. Bueno sería que hicieras un balance de tu permanencia aquí. Empecemos por lo más obvio y lo más difícil. ¿En qué sentido dirías tú que ha cambiado el panorama cultural de Chile en los últimos años?

—Semioculta estadía, dices tú, y ahora veo que fue así, tal vez porque el medio propicia estos y otros ocultamientos. No es que uno tenga interés en ocultarse; lo que pasa es que no se dan las condiciones para ser visto: ¿Dónde y para qué? Seguramente estoy contestando a tu pregunta en forma indirecta.

—Sí: me parece que esa es una respuesta suficiente. Olvidemos la comunicación en el dominio privado; me consta que has recibido la visita de los pocos amigos de otro tiempo que todavía viven en Chile, y también la de quienes, a título personal, se mueven por entre las líneas fronterizas de la nueva cartografía. En Utopía la Universidad, en tanto «alma mater», recibiría a sus hijuelos peregrinos, aunque más no fuera para preguntarles cómo les ha ido por el mundo. Aquí, como si nada. ¿O es que ya no tienes conocidos en la Universidad?

—Uno que otro. Por ejemplo, he visitado a menudo a uno de mis maestros, don Antonio Doddis; pero él es la única presencia que me remite a la Universidad por donde circulé como Pedro por su casa durante diecisiete años, como estudiante y luego como profesor e investigador.

—*¿Qué diferenciaba esos tiempos de estos?*

—Eran los tiempos del diálogo, y si ahora puedo hacer algo de algún interés, profesionalmente, lo debo a esos fervores y libertades que permitían y estimulaban la confrontación de todo con todo, desde el minucioso rastreo bibliográfico hasta las divergencias en la interpretación, siempre tan productivas, como se sabe. Y esto, porque es consustancial al trabajo cultural el reconocimiento del otro en su alteridad, lo que implica la aceptación activa de las diferencias. La Universidad es el lugar donde se producen ideas y no hay otra manera de producirlas si no es mediante esa dinámica que puede entenderse como la suma de los principios y de las leyes del diálogo. Mis extrañezas presentes se explican entonces porque yo vengo de aquellas lejanías, que por suerte recupero parcialmente en mi sitio actual de trabajo.

—*Sí, yo mismo enseñé episódicamente en U.S.A. En 1976 me desplazaba desde la isla de Balboa hasta el campus de la Universidad de California en Irvine, en un bus donde los jóvenes herederos de los discípulos de Marcuse leían a Marx. En ese país, pues, los universitarios que no insisten en desmandarse pueden pensarlo todo y se entiende que esa libertad no pone en peligro el sistema, no es un lujo ni un trabajo clandestino. Hay algo problemático, por otra parte, en el hecho de que el investigador y el creador latinoamericanos encuentren finalmente en los Estados Unidos el reconocimiento que merecen, el sueldo apropiado y los materiales necesarios para su investigación. ¿No lo piensas así?*

—Es problemático porque pone en evidencia la precariedad latinoamericana y porque es una situación que suele enajenar a las mismas personas que estarían en condiciones óptimas para contribuir a la superación de esa precariedad. ¿Pero cómo ignorar que esta lástima se origina y se perpetúa por una aberración del orden y el predominio de la irracionalidad? Es algo de lo que hemos hablado más de una vez, aquí y allá.

—Latinoamérica produce de todo en el campo profesional, desde el maestro Chasquilla hasta el más sofisticado discípulo de Einstein, pero no puede consumir lo que produce en materia de artes y oficios, o en otros casos no quiere hacerlo. A esto se le llama «fuga de cerebros» cuando se pone el acento en el agente exterior —el imperialismo—; pero desde ese punto de vista se olvida que esta anomalía tiene también poderosos agentes internos. Dicho de otro modo: las circunstancias exteriores son ocasiones y no única y exclusivamente causas. Me gustaría ilustrar todo esto con un caso concreto: el tuyo. ¿Cómo y por qué te fuiste a los Estados Unidos? ¿Qué te hacía falta en ese momento?

—Vamos por partes. Yo empezaría, eso sí, por anotar esta facilidad que ofrece el apotegma cervantino: «las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos». Puede que uno alimente la esperanza, tantas veces ilusoria, de adquirir la discreción al precio de sus peregrinaciones, sobre todo cuando ellas solucionan —se diría que en forma estable— las necesidades que ellas mismas crean. Mi primer contrato en los Estados Unidos me permitía iniciar la compra de una casa como esta, lo que mis trabajos en Chile hacía inalcanzable.

—Yo pago por esta casa más de un tercio de mi sueldo, y nunca podré iniciar la compra de una casa en Chile a menos

que me vaya a vivir al extranjero.

—Ya se ve que el intelectual latinoamericano reside en la paradoja, que empieza por la casa que no tiene y que solo puede adquirir «in absentia»; pasa por las bibliotecas nacionales, que nunca están completas sino en otra parte (tú recordarás que pudiste terminar tu propio curriculum en la biblioteca de Stony Brook, que no es de las mejor provistas de los Estados Unidos); sigue en lo que se refiere a las publicaciones, congresos y diálogos, a veces muy germinativos: el sexagésimo aniversario de la impresión de dos libros importantes del poeta chileno Vicente Huidobro — y trigésimo aniversario de su muerte— fue celebrado en Chicago. La edición de los varios trabajos que se leyeron entonces también ocurrió allá, y solo unos pocos lectores de aquí tendrán oportunidad de leer algo que les concierne tanto más que a los norteamericanos. Bueno, pero como para mí lo que importa es la averiguación de lo latinoamericano parece que no tengo más remedio que estar fuera de Latinoamérica. Es lamentable que sea así, porque nadie debería abandonar su país o el espacio mayor de su cultura si estos le ofrecieran la opción de encontrarse realmente con ellos, *in situ*. En ese sentido, es evidente que el tiempo pasado fue mejor: el de Andrés Bello, por ejemplo, cuyo discurso de instalación de la Universidad de Chile yo releo ahora como una pieza de ciencia ficción o de la literatura de Utopía. Del mismo modo suelo recordar el decreto llamado de «libre comercio» de 1811, que declaraba exentos de derechos «los libros, [...] las imprentas, los instrumentos y máquinas de física y matemáticas». En esa época, en la que haber nacido en otro país latinoamericano no era motivo de rechazo para los vecinos, tal vez yo me hubiera resistido a la mera idea de exilio, por muy voluntario que este sea. Hasta los exilios del siglo XIX —los que determinaba la barbarie denunciada por Sarmiento— acaso pudieron verse como cambios de

habitación en una misma casa, en la que siempre hubo algún quehacer de interés para el peregrino. Y esto se ilustra inmejorablemente con el caso del mismo Sarmiento; pero estos de ahora tienen otro signo: incluyen un borrador junto con la despedida

—A pesar de todo lo que dices, ¿hasta qué punto el exilio — voluntario en tu caso, anterior y totalmente distinto al que emprendieron otros chilenos el 73— no es un trasplante que afecte de algún modo la percepción de lo real y el sentido de una obra? Personalmente, creo que hay algo de casual en el hecho de irse o de quedarse, pero esta no decisión puede tomar en el desarrollo de una obra un carácter de finalidad, en la medida en que, por ominosa que sea —o por eso mismo— la situación se inscribe en la obra y viceversa. ¿Puede ocurrir lo mismo en un país del que no se forma parte y donde uno gira en el círculo del transtierro?

—París, situación irregular, es el título de uno de tus últimos libros. Yo debería haber titulado el mío de manera parecida, cambiando lo que hay que cambiar porque mi afuera no es el afuera del tránsito. Doble irregularidad entonces, que instaura en uno la sensación paradójica de ser un sedentario-nómada. Pero yo trabajo allí en un departamento de español en el cual existe un clima de profesionalismo jerarquizado en virtud de méritos efectivos, y en el que mi jefe es nada menos que Elías Rivers, que ocupa ese sitio después de una larga y muy solvente trayectoria académica. Esta parte tan estimable de la cuestión genera sin embargo un desasosiego, cuando esa realidad es proyectada sobre el deseo, trasponiendo esas suficiencias a estas carencias.

Un desajuste de otra naturaleza surge del hecho de que yo enseñe literatura hispanoamericana en un medio en el que esa materia no siempre puede ser asumida por todos mis

interlocutores como *cultura del reconocimiento*, aunque sea para todos motivo de un buen aprendizaje erudito. Estos desasosiegos se inscriben inevitablemente en todo lo que uno hace. No sabría precisarlo con respecto a mis escritos poéticos, pero siento sus efectos en otros planos. Por ejemplo (y ahora mismo) no es ajeno a esto que mi percepción de lo que se suele llamar la realidad nacional sea cada día menos complaciente y más sensible a los deterioros de la palabra en el discurso cotidiano de mis compatriotas. Me recuerda demasiado la «neohabla» de Oceanía en *1984* de George Orwell: «La guerra es paz»; «la escasez es abundancia», etc. O la perversión de los principios en su granja famosa: «Todos los animales son iguales, pero algunos son más iguales que otros».

—*¿Lees los periódicos; eres televidente?*

—El *mínimum* indispensable como para corroborar lo anterior. Así es como me he enterado de la flexibilidad desorbitada de ciertos conceptos y palabras, de los que se abusa sin el menor sentido del ridículo: jugadas históricas en el estadio Santa Laura; goles trascendentales; memorables inauguraciones de quioscos, etc., etc. Pero yo soy lector de libros, no de diarios; los sucesos notables son realmente muy pocos y no ocurren todos los días, ni siquiera todos los años. Creer y aceptar lo contrario, como dice Borges, es una superstición.

—*Como lo diría El Mercurio, mi lectura cotidiana y mi papel de envolver: «La elasticidad de las palabras tiene un límite y pretender que la sola resolución anterior no violenta el principio que se dice mantener incólume, es un rasgo de humor negro».*

—*El Mercurio dice lo que hace. Tal vez debería leerlo; pero de ese peligro me salva el exilio.*